

Editorial

En el primer número de esta publicación no hemos explicado el porqué del título para la revista del Museo de San Pedro de Atacama. Sin embargo, hemos insistido en que San Pedro de Atacama es la capital de una etnia con características propias existentes desde los tiempos más remotos hasta hoy día. No creemos necesario entrar en una discusión sobre los atributos que definen una etnia. Baste decir que es un pueblo que tiene sus costumbres y rasgos particulares que no se manifiestan en otros. Nadie rechaza el hecho que en los escritos coloniales los españoles siempre reconocieron a los atacameños como un pueblo independiente de los demás.

Algunos autores cuestionaron el uso de la palabra atacameña para los períodos prehistóricos anteriores a los escritos coloniales, con el argumento de que es imposible saber hasta qué punto, en tiempos pasados, esta gente fue la misma. Creo también que hoy día son pocos los arqueólogos que niegan que los rasgos de la arqueología en San Pedro de Atacama y sus alrededores son propios de esta zona, vale decir, que no se encuentran en otros lugares en las mismas dimensiones cuantitativas y cualitativas y en una forma continua a través del tiempo aun cuando el pueblo cambie sus costumbres e incorpore otras de las culturas vecinas. Por tanto, es justo que se use la palabra atacameña para los períodos prehistóricos. Si aún se duda de la validez de este argumento queda el hecho que los atacameños existieron y ocuparon un territorio determinado en tiempos históricos, por lo tanto, los yacimientos que se encuentran en el área ocupada por ellos son arqueología atacameña en el mismo sentido en que se habla hoy día de arqueología chilena.

Si en tiempos pasados arqueólogos como Uhle y Latcham atribuyeron a los atacameños territorios que actualmente no dudamos que no hayan sido ocupados por ellos, no es una justificación para eliminar la palabra atacameña donde hoy día se comprueba que es y era territorio atacameño. El estudio etnohistórico revela, cada vez más, mayores antecedentes de quienes se consideraban atacameños en períodos hispánicos, esto como lo demostramos en dos noticias descubiertas en el Archivo Nacional de Buenos Aires publicadas en esta revista. La arqueología afortunadamente indica que los datos etnohistóricos coinciden con los datos arqueológicos. La etnohistoria y la arqueología indican claramente hoy día que la provincia de Tarapacá no es atacameña. Vale la pena decir de paso que Gordon Willey en su libro *An Introduction to American Archaeology*, vol. II, South America, atribuye a los atacameños la zona comprendida entre Arica y Copiapó, siguiendo las divisiones de Uhle y Latcham. Esto ocurre en el año 1971, cuando la arqueología ha cambiado completamente esta idea. Esto lo decimos no simplemente para discutir, sino porque ocurre que todavía aparecen libros de Historia de Chile, especialmente aquellos dedicados a las escuelas básicas, con una división étnica del país completa-

mente distorsionadora de la realidad histórica actual. Lamentablemente todavía muchos consideran la historia de un país en forma de cronología de episodios y acontecimientos de naturaleza bélica. En este sentido los atacameños quedan fuera de la historia chilena y solamente se afirma su existencia como una cosa efímera. El papel de los atacameños en la historia chilena es grande, porque sin ellos Chile habría quedado aislado del resto del mundo en tiempos hispánicos. Ellos sirvieron como un puente entre Santiago y Lima. Si no hubieran sabido cómo vivir en el desierto habría sido imposible viajar desde Santiago hasta Lima. Desarrollar una cultura con todas las manifestaciones de una alta civilización en un medio ambiente como el desierto es un hecho que no sólo merece ser estudiado en sí mismo, sino que es una lección moral para el mundo actual que se agrupa en las ciudades como una forma de escapar a su compromiso con la realidad de búsqueda de comodidades y de una vida libre. Hacemos arqueología no para entretenernos, sino para buscar los valores humanos y, por tanto, nuestra arqueología debe ser enfocada en sentido etnológico.

Tuvimos una larga discusión con el director del museo sobre la forma que se daría a la revista, considerando que el primer número era meramente informativo. En primera instancia los dos éramos de la opinión que cada número estaría dedicado a un solo tema, ya fuera general como “el Agroalfarero en San Pedro de Atacama”, “la época tardía”, “los petroglifos”, etc., o, en particular “las tabletas de rapé y Tiahuanaco”. Sin embargo, llegamos a la conclusión de que en la práctica esto resulta difícil, porque significa dejar de lado varias investigaciones actualmente en marcha, no dar los informes de nuevos descubrimientos causales y de todo el trabajo de rescate que un museo lo quiera o no tiene que hacer. También pensamos que la arqueología está todavía en sus comienzos y queda demasiado trabajo en describir lo que ya ha sido recogido y antes de discutir el desarrollo cultural mediante esquemas bien modelados. Considerando esta situación resolvimos publicar artículos de diversa naturaleza con amplias facilidades para incluir cualquier informe sin excluir la posibilidad de sacar algún número especial sobre un tema determinado.

El contenido de la revista está formado en su primera parte por artículos de fondo sobre investigaciones originales, una segunda parte, dedicada a informes breves sobre el trabajo ejecutado y a nuevos descubrimientos, la tercera parte corresponderá a noticias; reafirmamos una vez más que la revista no es solamente de investigación, sino que también el portavoz de un museo y de una institución, y la cuarta parte consistirá en comentarios y reseña bibliográfica. Los trabajos que publicaremos versarán sobre la cultura atacameña presente y pasada.

George Serracino
13 de junio de 1974

La excelente acogida que tuvo el primer número de *Estudios Atacameños* nos hace augurar lo mismo al segundo número.

Hemos creído necesario advertir a los lectores que no se extrañen de leer trabajos de diversas índoles y con métodos distintos. Desgraciadamente, en diversos países y de acuerdo a las diferentes épocas se enseña que tal método, tal denominación, tal descripción, tal sistema de ubicación, tal modo de excavar son los únicos válidos. Me parece que estos dogmas rígidos fueron elaborados en oficinas, pues nuestra experiencia nos ha hecho entender que todos los métodos tienen algo bueno, razonable y adaptable. Entendemos la palabra adaptable como la necesidad de apartarse de un determinado sistema para adaptarse al sitio, al terreno y al motivo que se estudia. Son distintas unas ruinas neolíticas y un *hábitat* del Paleolítico, una tumba con cerámica y un taller con *choppers* o bifaces, un terreno de ripio o de arcilla dura o de arena fina de duna. De acuerdo a esto el arqueólogo utiliza el mejor sistema para salvar el material, para estudiar el sitio y conseguir todas las finalidades de la investigación científica arqueológica y antropológica.

Hemos deseado insistir hoy en este punto de vista, pues esa fue nuestra manera de proceder durante 19 años y lo será también en el futuro. Utilizamos más métodos técnicos, gracias a la cooperación del Padre George Serracino, lo que es normal, pues la recolección de tanto material (ver *Estudios Atacameños* N° 1) nos permite por fin utilizar dichos métodos que no sirven para inferir conclusiones cuando se trata de unos pocos ejemplares, pues, como muy bien dice el Padre Pierre Teilhard de Chardin, “Il ne faut rien rechasser”, igualmente no debemos rechazar nada de las ideas, métodos, técnicas, vengan de Europa o de América. Si el sistema de uno es bueno, no puede hacer daño al otro. Sin embargo, muchas veces las críticas legítimas contra el C14 o la computación no provienen de la técnica en sí misma, sino de la manera de utilizarla.

Nos excusarán de haber insistido sobre este asunto, pero lo creemos necesario, sobre todo, para que nuestros lectores se den cuenta de que siempre constituyó nuestra preocupación.

Gustavo Le Paige
18 de junio de 1974